

AA.VV. Formas de resistencia y modos de educación. *Con-Ciencia Social*, 17 (2013), 184 págs.

Honorio Cardoso, (Fedicaria Salamanca).

El anuario correspondiente a 2013 ha acudido a su cita regular de finales de año. La revista impulsada por Fedicaria¹ aparece, en esta ocasión, bajo el título “Formas de Resistencia y Modos de Educación”. En estos tiempos difíciles para la edición en papel, el mantenimiento de esta particular odisea intelectual, la publicación material de la revista, resulta cuando menos significativa.

Significativa por la fidelidad con la que una pequeña editorial, Díada, ha sostenido esta aventura intelectual que, como cualquiera podrá suponer, no constituye una fuente de sabrosos rendimientos económicos. Significativa porque Fedicaria, el conjunto de personas y grupos que alientan y alimentan la reflexión que hacen posible la publicación, constituye una plataforma realmente autónoma de cualquier grupo de poder académico o ideológico en el panorama cultural español. Significativa, también, por la perspectiva antihegemónica con la que se abordan los análisis de los diferentes contenidos sobre los cuales se han construido los anuarios publicados en el transcurso de estos diecisiete años. Y, finalmente, significativa por la progresiva penetración que, durante los últimos años, ha conocido la revista en catálogos, directorios y bases de datos, nacionales e internacionales de publicaciones de Ciencias Sociales, como puede comprobarse en la pág. 3 del número que reseñamos.

Tras unos iniciales titubeos, la publicación se articula, ya hace tiempo, en torno a cuatro grandes nudos: Editorial, Tema del año, Pensando sobre y Lecturas y textos. El Editorial del anuario es resultado de la elección y debate efectuado en el seno del Consejo de redacción y suele expresar la opinión de Fedicaria sobre las sacudidas, más o menos coyunturales, que sufre la escuela del capitalismo al albur de las políticas educativas que han caracterizado el curso precedente.

Habitualmente en el Tema del Año se aborda el análisis en profundidad de asuntos vinculados a la compleja intersección establecida entre Sociedad-Cultura-Educación-Pensamiento Crítico. Podríamos señalar los trabajos, más recientes, sobre “La memoria en la Educación” o “Crítica de la Crítica” o, más alejados temporalmente, como “Ciudadanía, políticas de la cultura y usos públicos de la escuela”, “Formación crítica del profesorado y profesionalidad democrática” o “Pensar otra escuela desde la Didáctica Crítica”.

La sección “Pensando sobre...” se compone de un conjunto diverso de artículos sobre intelectuales que ejercen y producen sus obras en el amplio campo de las Ciencias Sociales, figuras relevantes y vinculadas, de forma más o menos sólida, con las corrientes del pensamiento crítico. Suele iniciarse, aunque no siempre, con una entrevista en profundidad con el autor a analizar: el abanico de retratos recoge historiadores (Josep Fontana, Julio Aróstegui), sociólogos (Carlos Lerena, Julia Varela,

¹ En la página web (www.fwedicaria.org) puede conocerse las actividades y publicaciones o conectarse con Fedicaria.

I. Fernández Castro), psicólogos (Juan Delval), economistas (J.M. Naredo) e Historiadores de la educación (A. Viñao o I.F. Goodson), por citar algunos. Se acompaña con un conjunto de trabajos que examinan, debaten o confrontan la tarea del autor presentado en el número.

El último apartado, Lecturas y Textos, no es el habitual espacio de publicitación y reseña de libros aislados sino la expresión de una reflexión y análisis de algún conjunto de publicaciones, no necesariamente recientes, sobre problemáticas relacionadas el Tema del año, y siempre acompañadas de una bibliografía que puede guiar la inmersión de quienes estén interesados en su profundización.

REPENSAR LA ESCUELA EN LOS TIEMPOS DEL TOTALCAPITALISMO

Este es el marco que da significado al **Editorial** y al **Tema del año** del presente número. En estos momentos de hegemonía del neoliberalismo reaccionario, resulta necesario reflexionar el papel que la escuela ha jugado en la construcción de esa hegemonía y en sus posibilidades como herramienta en la articulación de la resistencia contra el retrógrado programa que se nos está imponiendo. Pero igualmente, resulta imprescindible construir una reflexión autocrítica sobre las limitaciones y complicidades que han devenido desde la concepción meritocrática de la escuela fabricada, difundida y reproducida por el pensamiento educativo dominante en los tiempos de la feliz gobernación progresista.

El trabajo de J. Gurpegui y J. Mainer (“La crisis de la escuela como problema. Modos de educación, crítica de la crítica y formas de resistencia”) abre el primer bloque del anuario. El constructo heurístico “Modo de educación” fue formulado y manejado inicialmente por Raimundo Cuesta². Utilizado posteriormente en las investigaciones de otros miembros de la plataforma fedecariana, se puede decir que hoy se ha incorporado como componente básico del ADN de este colectivo. Por tal se entiende las fases en las que puede trabarse el desarrollo histórico-educativo del sistema escolar del capitalismo. Estas fases, la tradicional-elitista y la tecnocrática de masas, son el resultado de la “relación entre la evolución del sistema de producción y organización social capitalista y la génesis de (sus diferentes) modelos educativos” (Cuesta, p. 125). Tras reflejar, sintéticamente, la génesis del modo actualmente dominante (el tecnocrático de masas), se analizan los objetivos de mercantilización y privatización que han orientado las políticas educativas de los gobiernos realmente ejercientes en los últimos decenios y que los vinculan, más allá de sus aparentes discrepancias, en una poderosa corriente subterránea. Finalmente, los autores despliegan en el último apartado un audaz y consistente ejercicio de “crítica de la crítica: algunos puntos ciegos y ofuscamientos de izquierdas sobre la educación y la crisis de la escuela”. En el mismo, y alejados de toda pretensión programática, formulan una mirada radicalmente beligerante con la paradigmática consigna en la que se ha resumido y proyectado el movimiento progresista del último tercio del s. XX: “una educación pública de calidad”.

Los artículos de tres autores extranjeros (Nóvoa, Hirtt y Giroux) completan el análisis del tema. Se podría decir que las tres aportaciones son complementarias pues todos cuestionan la ilusión de una escuela como maquinaria igualitaria, pero también alguien

² *Felices y escolarizados. Crítica de la escuela en la era del capitalismo*. Barcelona: Octaedro, 2005.

podría presentarlas como contradictorias. En cualquiera de los casos, los tres resaltan la imprescindible perspectiva de romper la ecuación educación = escuela, que nos obliga a entender, primero, que la escuela es un lugar en el que no sólo se transmiten conocimientos, sino en el que, sobre todo, se inculcan relaciones sociales (deseos, identidades, posiciones, valores, etc.); y, segundo, que las contradicciones, tensiones y conflictos que la atraviesan se tendrán que resolver desde el entendimiento de su inserción y de su papel en el cambiante contexto generado por la desigualdad social que nos enhebra y nos configura. En suma, que ni la escuela ni el profesorado se desenvuelven en el arcádico escenario de la torre de marfil, que no hay muros salvadores que nos aislen y que el lugar físico y sus moradores se encuentran incrustados en el dentro/fuera del espacio social que fuerza al sometimiento o a la resistencia.

António Nóvoa (“Pensar la escuela más allá de la escuela”) apunta a una redefinición del papel de la institución escolar mediante el reforzamiento del espacio público de la educación y con las aportaciones de la “revolución digital” y de “las neurociencias”. En mi opinión, persuasoras imágenes que pueden abducirnos hacia nuevos hologramas; nuevos, pero igualmente ilusorios en sus potencialidades transformativas.

Por su parte, Nico Hirtt (“Educar y formar bajo la dictadura del mercado de trabajo”) vuelve a insistir en su perspectiva de la reproducción como finalidad de la escuela y que, en el momento presente, está regida por un doble imperativo: “el de la polarización de los empleos y el de la adaptabilidad y la flexibilidad”. Pretensiones que cómo el autor señala, y todos sabemos, suelen ser formuladas por las instituciones y los “tanques de pensamiento”, sostenidos por las grandes multinacionales, al margen de las incontenibles tasas de paro que esgrimen con asiduidad los medios de comunicación. También vinculados, dicho sea de paso, a esos mismos poderes. En cualquier caso, ilusión y amenaza que ayudan a configurar el imaginario social sobre la institución escolar.

Por último, Henry Giroux presenta un trabajo (“Una pedagogía de la resistencia en la edad del capitalismo de casino”), posiblemente formulado desde la interrelación de dos variables: la creciente politización de su postulado originario -la pedagogía de la posibilidad- y el predominio cultural de los valores y prácticas -“la locura política que se manifiesta en el incremento del extremismo en América”- del rampante capitalismo financiero. En su opinión, hacer más política la pedagogía posibilitaría descubrir el código oculto del proyecto reaccionario que constriñe y mediatiza las tareas educativas, permitiría proyectar modelos alternativos de debate y gestión autotutelada de valores, experiencias de aprendizaje y relaciones de vida cotidiana y daría acceso a entender socialmente que la educación se lleva a cabo en múltiples lugares, más allá de los muros escolares. Aunque entiende que semejante proyecto resulta rechazable para un segmento significativo del profesorado y profesionalmente inconcebible para la mayoría socializada en la supuesta neutralidad de la educación, apela a la construcción de un modelo profesional de intelectuales públicos que integre los conflictos educativos en el contexto de confrontación con los fundamentalistas privilegiados y su sueño de construir una sociedad de zombis: Giroux explica que el reto al que se enfrenta el profesorado “parte del desafío de vincular la pedagogía crítica con el proceso de democratización, propone la construcción de nuevos espacios de lucha, vocabularios y

posiciones de los sujetos (que les permitan)... ser más de lo que son ahora, preguntarse en que se han convertido... y reflexionar sobre lo que podría significar transformar las actuales relaciones de subordinación y opresión”.

PARA ABORDAR A FOUCAULT: USOS Y DIFICULTADES

La sección **Pensando sobre...** está dedicada, en esta ocasión, a Michel Foucault. Acompañados de una breve nota bioprofesional, cuatro son los elementos que la conforman. Se abre la sección con una fundamentada y sugerente reflexión de Raimundo Cuesta, “Las mil y una inquietudes de la obra de Foucault”. En la introducción R. Cuesta marca el territorio cuestionando los habituales análisis que sobre la obra de cualquier autor acostumbran a establecerse: el entendimiento de una producción intelectual coherente, crecientemente perfeccionada e ineludiblemente atenazada por la biografía. Para Cuesta estos mitos son, si cabe, más distorsionadores a la hora de entender a Foucault: un intelectual complejo, enraizado en las tormentas y avatares de su tiempo histórico y con una vida personal, digamos, furiosamente vivida. La disyunción/relación entre sujeto intelectual y objeto de su análisis estuvo siempre presente en las diferentes etapas (arqueología, genealogía y técnicas del yo) que fueron recogiendo los intereses del pensador francés y produciendo los resultados de su obra. Con persistencias y discontinuidades, sin pretensión alguna de coherencia y, desde luego, alejado del ascético camino hacia la perfección, como acertadamente expresa el autor del artículo. Todo ello no impide hablar y encontrar sistematicidad en la obra de Foucault, que podrían situarse en el interés por el sujeto en sus variadas categorías o posiciones o en la voluntad, reiteradamente expresada, de ser entendido como “creador de discursos, no como mero altavoz de marcos discursivos preestablecidos”.

Desde estas premisas -identificándose, con límites, como usuario de su obra y rechazando cualquier pretensión de foucaultista o exégeta “auténtico”- aborda Raimundo Cuesta lo que considera más significativo de una lectura de la obra del autor francés: el papel de la teoría en la investigación social. Y ese papel se encierra y visualiza en la imagen de “caja de herramientas”, un contenedor del que extraer aquellos instrumentos y piezas que nos puedan ser útiles para desatascar los problemas que ineludiblemente surgen en el transcurso de un proceso de investigación: “la obra de Foucault invita... a considera sus productos intelectuales no como una totalidad preestablecida y acabada, sino como una realidad incompleta de la que hay que tomar fragmentos, sobras, trozos, etc.”.

A partir de estudios específicos (Miller, Cousset, Álvarez-Uría o Valentín Galván), notable y valiosa resulta la exposición sobre la recepción y utilización de la obra foucaultiana en los ámbitos americano y español. Dos han sido las derivas que ha conocido esa recepción: la apropiación académica y el uso social, en una y en otro hay más barniz que vertebración, sin olvidar el rechazo frontal o el desprecio personal con el que ciertos críticos acostumbran a referirse al hablar del intelectual francés. En cualquiera de los casos, lejos de su beatería e idolización, enfrentándose a la oscuridad lingüística, salvando sus limitaciones hoy sigue siendo necesario visitar Foucault para quienes, como acertadamente señala Cuesta, quieran analizar el poder y sus tecnologías de dominación; para los que pretenden resistir a la barbarie del (des)orden de esta

sociedad represora y destructiva; para cuantos entienden que la crítica y la autocrítica son caminos insoslayables en la construcción del impulso emancipador³.

Robert Castel rastrea en su artículo el interés y preocupación de Foucault por la “Historia del presente” constituye el objeto del artículo de Robert Castel, valorando también la oposición de una parte de los historiadores del ramo por esta nueva faceta de los estudios históricos. El autor defiende que en el análisis de los hechos sociales que hoy se nos plantean, confunden, condicionan o impugnan pueden utilizarse una parte del utillaje construido por Foucault. Fundamentalmente, la perspectiva genealógica, una aproximación a los hechos y relaciones sociales que permite restituir a lo que está ocurriendo el espesor de la historia, desvelar la continuidad y la ruptura de las configuraciones de la experiencia social con el peso del pasado histórico en el que se enraizan: hacer inteligible el presente es en lo que cifra Castel la aportación de Foucault a la Historia. Aunque para problematizar el presente habrá que sondear en otros caladeros sondeados (Nietzsche o Benjamin), más allá de lo aportado por el pensador francés, pese a la voluntarista vinculación que Castel formula en su artículo.

Dos interesantes entrevistas cierran el apartado. La primera es la que entabla R. Cuesta (Fedicaria Salamanca) con Fernando Álvarez-Uría; la segunda es la que realiza Vicente M. Pérez Guerrero con Francisco Vázquez García. Más allá de los contenidos organizados en base a las preguntas/respuestas de cada conversación, me parece ilustrativo resaltar el pas de deux que entabla cada uno de los dúos: los paseos, giros y piruetas que se realizan en ambos diálogos nos permiten percibir las convergencias, bifurcaciones y diferencias de las aproximaciones que caracterizan a los pioneros estudiosos de la obra de Foucault o a los más recientes investigadores de la misma.

En el apartado de **Lecturas y Textos** se recogen seis aportaciones. De ellas, una mayoría profundiza en cuestiones complementarias al contenido central de la revista: el trabajo de Javier Gurpegui sobre Giroux, de Alejandro Martínez Rodríguez sobre la posible utilización en el aula de las investigaciones sobre Memoria e Historia o la de F. Javier Merchán sobre la incidencia de las políticas neoliberales sobre las percepciones de los sujetos (docentes, alumnado y familias) que funcionan en el espacio escolar. Hay también dos trabajos de carácter historiográfico: el de Luis Castro, en el que se condensa la aportación de varios estudios sobre la violencia política en la España del siglo veinte, y el de Aitor Bolaños, con el que culmina una anterior aportación sobre las contribuciones de la historiografía postmoderna a la práctica historiográfica. Finalmente, Abraham Sifuentes y Sofía Corral, dos investigadores mejicanos, presentan un estudio en el que se somete a crítica el predominio estadístico cuantitativo de los actuales análisis educativos y, además, el sometimiento del lenguaje y la actividad universitaria al discurso del Amo (racionalidad tecnológica-científica), que la estadística refuerza.

No quiero terminar sin poner de relieve el esfuerzo de apertura internacional y de gentes que ha guiado el devenir de la revista: apertura en la geografía originaria de los colaboradores y apertura de voces no vinculadas de manera directa con Fedicaria. Este esfuerzo está plasmado con creces en el presente número de Con-Ciencia Social.

³ En Con-Ciencia Social nº 16, *Crítica de la crítica*, puede encontrarse un importante material sobre estos planteamientos.

